

APOSTILLA

Saber y aplicar una confidencia

EL CRITERIO

Al preparar este libro revisé al menos un centenar de discursos de graduación. Muchos cubrían los mismos temas y con idéntica elocuencia. Si los descarté fue porque habían sido escritos hacía demasiado tiempo o por personajes hoy poco conocidos por el lector español. Otros abordaban asuntos que en su día fueron de actualidad pero que ahora no parecían tener la misma relevancia. Así, quedó fuera Alan Alda, el protagonista de esa fabulosa serie cómica titulada *M.A.S.H.*, ambientada en la guerra de Corea, por no ser hoy lo bastante conocido. O John F. Kennedy, quien en 1963 pronunció un discurso sensacional sobre un tema, la Guerra Fría, que en la actualidad nos parece tan útil para nuestro día a día como una máquina de escribir.

No fue ése el único criterio seguido a la hora de organizar y exponer el contenido de estos discursos. Existe otro, de índole personal y por tanto arbitrario. Pero que enmarca el origen de *Lo que la universidad no enseña* y ha condicionado el modo en que lo he escrito.

Por eso, he creído oportuno acabar el libro explicando cómo alguien como yo, que no ha asistido a ninguna ceremonia de gra-

duación, puede sentirse justificado para emprender semejante proyecto.

Y a eso dedicaré estas últimas páginas.

UNA PELÍCULA

Cuando pienso en mis años universitarios me viene a la memoria una película. Se titula *Mumford*, y la dirigió Lawrence Kasdan en 1999.

Mumford narra la historia del doctor Mumford, un joven psicólogo que se acaba de mudar a una pequeña ciudad norteamericana, también llamada Mumford, y que en sólo cuatro meses cuenta ya con más clientes que los demás terapeutas del pueblo.

Clientes como el farmacéutico Henry Follett, que está obsesionado con la estética de los relatos eróticos de los años cincuenta. Follett prefiere la fantasía a la realidad. Por eso su mujer le ha abandonado y se ha llevado a los niños. Ahora está más solo que la una. Además, se siente tan acomplejado por su aspecto físico que en sus fantasías ni siquiera aparece él mismo.

O Althea Brockett, un ama de casa casada con Jeremy, un banquero rico y prepotente. Althea compra todo lo que encuentra en los catálogos de venta de los grandes almacenes pero, por muchos cachivaches que acumula, sigue igual de infeliz.

O la guapa Sofie Crisp, aquejada de una oscura dolencia denominada «síndrome de fatiga crónica». Sofie está tan mal que se ha visto forzada a volver a vivir con el calzonazos de su padre y la bruja de su madre.

O Skip Skipperton, un joven que acaba de inventar un nuevo tipo de módem para ordenadores. Ahora gana miles de millones de dólares y da trabajo a todo el pueblo. Siendo el jefe, a Skip le cuesta encontrar a alguien con quien sincerarse. De modo que ha contratado al doctor para que finjan ser amigos y tengan sus sesiones de tapadillo, mientras salen de paseo o juegan al béisbol.

Y precisamente mientras dan un paseo por la montaña el doctor Mumford le revela a Skip su gran secreto: que ni es, ni ha sido jamás, psicólogo.

NI DOCTOR NI MUMFORD

En realidad, el supuesto doctor provenía de un medio rural y y durante años había recurrido al alcohol y las drogas para escapar de la realidad. Siempre se había sentido como un impostor, como si no estuviera preparado para afrontar las cosas o comportarse como un hombre de mundo.

A pesar de tener un título universitario saltaba de un empleo precario a otro: peón de gasolinera, repartidor de pizzas o fumigador de plagas. Y siempre le echaban por estar colocado. Sin embargo, en todos esos trabajos se había topado con gente dispuesta a contarle sus secretos. «Muchos fingían buscar consejo, pero sólo querían que alguien les escuchara.»

Un día, mientras exterminaba termitas, decidió que era hora de conseguir un empleo mejor remunerado, pues su adicción a la cocaína no era precisamente barata.

Logró hacerse inspector de Hacienda, pero el remedio resultó peor que la enfermedad: primero se lió con la esposa de su compañero y luego contribuyó al suicidio de un empresario al que investigaban. Sintió que aquel hombre había muerto por su culpa. Y le entró miedo.

Decidió cambiar de vida. Acabó en una granja regentada por unos monjes en el desierto de Arizona, donde se desenganchó de las drogas. Al salir, suplantó la personalidad de un niño que había conocido en su infancia, apellidado Mumford, y que llevaba muerto décadas. Con un certificado de nacimiento falso a nombre del tal Mumford se las arregló para conseguir todo lo necesario para su nueva identidad, desde un número de la Seguridad Social hasta el carnet de conducir.

Luego falsificó un título universitario de doctor en Psicología y buscó un lugar donde montar su consulta. El hecho de saber escuchar a la gente le había dado la idea de que podría hacerse pasar por terapeuta.

Al encontrar Mumford en el mapa, una población que se llamaba igual que él ahora, pensó que se trataba de una señal de la providencia y decidió establecerse allí.

Ésa era la verdadera historia de cómo un adicto a las drogas había acabado por convertirse en el psicólogo más famoso del pueblo. Sin ser doctor ni llamarse Mumford.

EL QUE LA HACE LA PAGA

Como en tantas otras películas de Hollywood, en *Mumford* el mentiroso paga por sus embustes.

Así, resulta que, al final, un programa de televisión del tipo *Quién sabe dónde* revela la verdadera historia del falso doctor y todo el pueblo se entera de que es un impostor. Una juez le condena a tres meses de cárcel y a otros tres de arresto domiciliario. También le pone una multa de dos mil dólares.

Aunque la cosa no termina tan mal. Todos sus clientes acuden al juzgado para dar testimonio de cómo el falso doctor ha mejorado sus vidas. Porque, al acabar la película, Henry Follett ha superado sus fantasías y se ha liado con Althea, quien ya no necesita comprar nada tras dar calabazas a Jeremy, el banquero prepotente.

Skip Skipperton se ha echado una novia con quien sincerarse y vivir feliz.

Y Sofie, que durante el tratamiento se ha enamorado del falso doctor Mumford, le esperará hasta que salga de la cárcel.

MI PASO POR LA UNIVERSIDAD

Entre 1988 y 1998 mi vida estuvo vinculada a tres universidades de tres países distintos. En ese tiempo obtuve con buena nota una licenciatura de las llamadas «fáciles» y acumulé un montón de créditos de doctorado. También impartí algunas clases. Sin embargo, extravié mi título de licenciado, jamás llegué a doctorarme y, lo que es peor, a día de hoy no recuerdo casi nada de lo aprendido.

Esto, por supuesto, no significa gran cosa, porque no recordar no equivale a haberlo perdido todo. Siempre queda algo. El aprendizaje deja un poso en nosotros que el olvido jamás logra borrar completamente. Sucede como con las manchas cobrizas que deja el té en la porcelana muy usada, que nunca desaparecen por mucho que freguemos la taza a conciencia.

El caso es que aprendí, pero no presté atención. Superé los exámenes, pero no me esforcé de acuerdo con mis capacidades.

Y al final tiré varios años por la borda al no acabar el doctorado.

Estar en la universidad era como seguir una película en el televisor de un autocar, cuando aún quedan varias horas de viaje y uno está medio amodorrado y carece de auriculares. Es decir, una actividad trivial a la que uno presta atención sólo en la medida en que no encuentra nada mejor para pasar el rato.

No supe dar la menor importancia a las lecciones que escuché ni aprecié el tiempo y los recursos puestos a mi disposición, encaminados a hacer de mí un ciudadano mejor informado y un buen profesional. En vez de aprovechar mi suerte me esforcé por escapar de la realidad, como el falso doctor Mumford.

UNA CONFIDENCIA

Sé que hay muchos universitarios que se corren unas cuantas jergas, pero con el tiempo he aprendido que en mi caso la intención no era divertirme. No, lo que quería era fingir que no tenía miedo.

Miedo a lo desconocido, a no saber afrontar el futuro por mi cuenta y riesgo. Miedo a la responsabilidad, a no saber cómo estar a la altura de las circunstancias. Miedo a hacerme adulto, en definitiva.

Así que, en vez de acabar la tesis doctoral me dediqué a empinar el codo y perder el tiempo. Dejé la universidad, di tumbos por varios trabajos y un buen día, como el falso doctor Mumford, decidí que era hora de cambiar de vida.

No lo hice porque aspirara a convertirme en un hombre de bien, sino por cansancio. Ese doctorado que jamás acabé se había convertido en un reflejo de mi vida: un proyecto a medias, abocado al fracaso. Un fiasco. Aquello que se espera de un mediocre sin sangre en las venas.

Estaba extenuado y sabía que, de seguir dando tumbos, jamás levantaría cabeza. Cuando uno tiene una deshonra íntima que acallar en su interior no encuentra tiempo para hacer nada de provecho. Porque esconder algo nos pone el viento en contra y, por más que uno lo intenta, no logra avanzar

Todas mis energías iban encaminadas a camuflar mis vergüenzas, y eso ya era en sí un trabajo a tiempo completo.

De manera que o afrontaba mi pasado o no tendría futuro.

POR QUÉ HE ESCRITO ESTE LIBRO

Cambiar de vida equivale a adivinar cómo actúa la persona que uno siempre ha querido ser. También implica caer en la cuenta de que uno no fue tan malo o incompetente como pensaba que era, ni tenía el mundo en contra.

En mi caso, descubrí además que había estado completamente equivocado al temer lo desconocido durante tantos años. Porque lo que nos mata no es nunca lo desconocido, sino aquello en lo que creemos a pies juntillas y resulta no ser cierto.

Así, mil cosas han resultado no ser ciertas en los últimos años.

Algunas tienen que ver conmigo mismo. Por ejemplo, no es cierto que fuera un mediocre, sólo me comportaba como tal para tener una excusa y no arriesgar en nada.

Otras tienen que ver con la vida en general. Así, por ejemplo, no es cierto que existan atajos: todos quienes despuntan en algo han debido esforzarse para llegar donde están. Tampoco es cierto que la gente sea mala. Ni es cierto que el mundo esté lleno de cínicos. Ni es cierto que la realidad sea tan odiosa que uno se vea forzado a anestesiar-se.

Eso sí, en la vida, como en Hollywood, el que la hace la paga. Tal vez no ante los demás, pero siempre ante sí mismo.

Este libro es mi forma de pagar al menos una parte de lo que debía. Todo lo que no asimilé entonces tuve que aprenderlo después, por mi cuenta. Lo aprendí en las palabras y la experiencia de otros. Algunos son conocidos por todos, como los que aquí se citan. Otros, gente cercana a mí, resultan desconocidos para el lector medio. Lo que importa es que todos parecían darme las mismas enseñanzas.

De haberlas aprendido entre 1988 y 1998 tal vez jamás habría escrito este libro. Ahora tendría un doctorado en literatura y estaría ocupado en temas mucho más elevados, y seguramente infinitamente más aburridos.

Pero la vida me llevó por otros derroteros y me he visto forzado a hacer las paces con quien huyó de la universidad. El modo de lograrlo ha sido acabando al menos este libro. Y reuniendo en él, con la excusa de un puñado de discursos de graduación, lo que de verdad recuerdo haber aprendido en estos últimos años. Y aplicado.

Porque, como decía en la introducción, es posible leer las palabras de otros como si hablaran de ti, como si todos los libros del mundo se refirieran específicamente a ti y a lo que te sucede.

UN ÚLTIMO APUNTE

Sirva la confianza anterior para aclarar que no escribo desde ninguna autoridad. No soy psicólogo, no estoy dotado para ayudar a nadie a afrontar sus problemas. Carezco de la capacidad de un filósofo para diseccionar ideas. Mis nociones de pedagogía son nulas. Tal vez en lo único en que me parezca a los autores citados es que, al igual que muchos de ellos, tampoco acabé mis compromisos académicos en su día.

Lo único que podía aportar desde estas páginas era un poco de experiencia, pues he hecho muchas cosas mal y algunas bien, y por el camino he aprendido la diferencia entre unas y otras.

Eso es lo que he intentado. Nada más.

Aun así, no me cabe duda de que, por muy manidas que suenen, todas estas ideas siguen siendo relevantes. Vivimos en una época en que el acceso a la universidad es relativamente fácil y, sin embargo, eso no hace de muchos de nosotros personas más aptas para la vida. Lo mismo sucede con mucha gente que devora libros y sin embargo no parece encauzar sus actos para sentirse a gusto.

Esto se observa en el modo en que hablamos. En esas frases relucientes, tan huecas como pompas de jabón. Y es algo que tal vez no deberíamos permitirnos.

Porque, aunque no sustituyan a los actos, las palabras son necesarias. Pues nos explican. Nos explican, por ejemplo, que aprende no aquel que sabe, sino aquel que sabe aplicar sus conocimientos.

Porque saber no basta. Hay que saber aplicar.

Dicho esto, me callo.

Gracias por tu tiempo.